

Crónicas, artículos, reportajes y otras confesiones del santo periodista bebedor



EL JUICIO DE LA HISTORIA

Joseph Roth. Siglo XXI. 315 páginas. 22 euros.

Roth ha pasado a la historia como uno de los grandes novelistas del siglo XX con obras como *Hotel Savoy*, *La leyenda del Santo Bebedor*, *Job*, *Confesiones de un asesino* o la insuperable y magistral *La marcha Radetzky*. Su éxito novelístico dejó en un difuminado segundo plano su actividad periodística a pesar de que ejerció como tal a lo largo de toda su vida y llegó a escribir cientos de artículos, muchos de los cuales permanecen en las bibliotecas y hemerotecas a la espera de su recopilación definitiva. No fue, pues, únicamente un no-

velista que alcanzó, como suele ocurrir con demasiada frecuencia, la más alta cota del triunfo literario una vez muerto. Fue un periodista de actividad frenética, mordaz, analítico, punzante y un tanto peculiar.

Ejerció el periodismo en Viena, Berlín y París y en todas partes fue capaz de captar como nadie los estados anímicos y los vicios más arraigados en aquellas sociedades que vivían, en aquellos tiempos, esperanzadas en los años veinte y algunos más tarde temerosas bajo la sombra y la amenaza de lo que Roth denominaría “la filial del infierno en la tierra”: el pujante nacionalsocialismo nazi alemán. Vivió tan intensamente el periodismo como sus novelas. Y nadie comprendía cómo aquel hombre, ya brillante desde su juventud, era capaz de escribir con tal maestría habida cuenta de sus monumentales y habituales borracheras.

En el año 1920, con 26 años, Roth fue enviado especial del *Neue Berliner Zeitung* a la guerra ruso-polaca. Sus

crónicas estaban cargadas de un insuperable humanismo y fueron escritas con la naturalidad de un principiante que no se arredra ante nada. Hablaba con rusos y polacos, fueran oficiales o simples soldados. Y transmitía sus sensaciones de triunfo en algunos casos y en otros sus desesperanza, sus angustias, sus dolores, sus heridas y su contacto íntimo con la muerte ante una bala del enemigo. Contaba también sus propias peripecias y sus propias angustias. Describe con especial agudeza sus contactos y sus conversaciones con los bolcheviques y se sorprendía, acostumbrado como estaba al estricto orden militarista de los prusianos, de la naturalidad en el trato entre soldados y oficiales y de su disciplina. Ahora, al cabo de tantos años, sus crónicas resultan tan curiosas como ajenas. Ya se estaba fraguando el espíritu crítico del gran periodista que habría de llegar a ser.

En octubre de 1922, Roth fue designado por su periódico para cubrir informativamente el proceso por el asesinato de Walther Rathenau, un juicio que había sido ministro de Economía y, posteriormente, de Asuntos Exteriores. Las crónicas de Roth han alcanzado cotas mucho más altas que las de la guerra polaco-rusa. Sus descripciones situacionales son esplendorosas: la sala, los acusados, los abogados, los testigos, el público, el juez, las pruebas, los periodistas... Todos y todo es observado por Roth, escudri-

ñado y plasmado en sus cuartillas con la especial percepción de su genio novelístico. Pero sus crónicas no son novelas. Son exposiciones exactas de una sociedad berlinesa adormilada y confiada. Roth ya barrunta el desastre de unos cuantos años más tarde. Las crónicas del periodista adquieren ocasiones tintes sombríos y dramáticos sin perder un ápice su calidad literaria: "Cuando el fiscal solicita pena de muerte para Techow", escribe Roth, "baja la voz. Cuando arremete contra Günther, adquiere una causticidad de lejía. Con un par de trazos, caracteriza abyección y fanfarronería, mentira y vileza. Esa causticidad se mantiene en su referencia a la prensa que a diario sirve mascaradas sus sandeces a los entendimientos limitados. Se reconoce la prensa nacional rumiante. Sólo uno se salva, Vob, el problemático. Todo el tiempo estuvo tenso y ahora sus rasgos se relajan. El discurso del fiscal ha terminado. La sala se vacía con más lentitud de lo habitual. Es como si la opresión de lo escuchado gravitase aún sobre todos."

El Roth sublime llega en *Las crónicas berlinesas*. El periodista escribe, y cómo lo hace, de casi todo. Es la guerra, las calles de Berlín, sus comercios, sus restaurantes, sus gentes, todo Berlín. Roth se revela como un auténtico crítico de sociedad, de gastronomía, cuenta las vicisitudes de los desempleados, de los que no tienen dinero ni techo para el cobijo. Es crítico de arte, de teatro. Todo tiene cabida en

su exultante prosa. Su ojo escrutador lo capta todo y todo lo expone, de modo ágil, ameno, subyugante en las páginas de los diarios berlineses de la época. Ya no hay periodistas así. Quizá nunca los hubo. En sus artículos propone soluciones, nada descabelladas, para resolver el problema de la vivienda, para paliar el paro, para vivir, para ser feliz, o al menos intentarlo. Él, que probablemente nunca fue feliz. Pero era un periodista comprometido, ajeno a los intereses del poder y de la política.

Busco entre sus *Reportajes berlineses* un párrafo para reproducir que dé una somera idea de su pulcritud y de esplendor y no lo encuentro. No porque no exista. Todos son bellos, excelentes, periodísticos. Después de ir hacia delante y hacia atrás veo, de nuevo, su artículo dedicado a los limpiabotas, publicado el 24 de abril de 1921 en el *Prager Tagblatt*, tan actual y tan oportuno. que lo transcribo: “Hace mucho tiempo en que ser limpiabotas callejero significaba el inicio de una carrera de multimillonaria. Siempre se dijo que en América se empieza de limpiabotas para acabar revolviendo en el montón de oro. He de confesarlo: nunca acabé de creérmelo. Ya he visto a varios millonarios que sin duda harían mejor en limpiar botas. Pero nunca he tenido ante los ojos a un limpiabotas con perspectiva de millones”. Sublime.

Berlín es una ciudad muy bella, cargada de historia. Mucha historia y mu-

chas tragedias. Después de leer los artículos de Roth, este libro se me antoja como equipaje imprescindible. Eran otros tiempos pero la actualidad de Roth es permanente. Es una auténtica guía de viaje a pesar de los años transcurridos y una magistral lección de periodismo. Vayamos a Berlín con Joseph Roth. Se lo merece.

Mundialización, pasado, presente y futuro de las fábricas informativas



GLOBALIZACIÓN DE LA INFORMACIÓN Y AGENCIAS DE NOTICIAS

Ignacio Muro Benayas.
Paidós. 225 páginas. 15 euros.

Dice el autor de este interesante libro que de las agencias de información se sabe muy poco. Y, desde luego, tiene toda la razón. Sin duda, este *Globalización de la información y agencias de noticias* contribuye de forma eficaz y concienzuda a paliar tal deficiencia; y además con la seriedad y rigor que aportan unos cuantos años de experiencia, inmerso en tareas distintas y todas ellas de responsabilidad en la agencia Efe, como es el caso de Muro Benayas.

Efectivamente, de las agencias de noticias se sabe muy porque su labor, inmensa, se desarrolla de una forma

casi clandestina. Prima la noticia en sí misma, la rapidez de transmisión. No hay lugar para las estrellas del periodismo ni para las florituras del lenguaje. Pero su valor de mercado, su importancia estratégica y su influencia en el mundo de la comunicación son inconmensurables como bien demuestra Muro quien, además, aporta gran número de hechos y datos sobre la organización, iniciativas y tareas de las más importantes agencias del mundo tales como Associated Press, Reuters, France Press, la alemana DPA o la propia 'casa' del autor, la agencia Efe.

Para Muro, las agencias de noticias disponen de un "alma nacional" pero cada vez más, basculan sobre planteamientos universales que globalizan los intereses y las pautas informativas. Las agencias, dice, "deben saber evolucionar y saber hacer crecer sus banderas y ampliar sus horizontes para encontrar su brújula y navegar en las agitadas aguas de la globalización del mundo de la información".

Con un lenguaje ameno y haciendo gala de un perfecto conocimiento de los mecanismos de funcionamiento de una agencia, Muro Benayas expone asuntos tales como, el contexto social de la actividad de las agencias, el eje Norte-Sur y la dependencia económica e informativa, los intereses nacionales y generales de las agencias, los retos del mercado, la gestión de la credibilidad, la redefinición del

rol de las agencias, la escasa participación de las mismas en el negocio de la información, los medios y sus relaciones con las agencias así como lo necesario de la colaboración entre ambos, el reto de la televisión en las agencias, los nuevos mercados, la integración de contenidos, el valor añadido en los productos de las agencias, la organización de la información y la gestión de derechos y la edición como empresa colectiva, entre otros temas. En el último capítulo, bajo el epígrafe 'Interés general, eficiencia interna y buen gobierno', Muro incide en el papel de Efe en Iberoamérica lo que es un exponente claro de la globalización de la agencia y de sus contenidos.

En el apartado de conclusiones que resume con pulcritud el contenido del libro, Muro señala, entre otras cosas que es imprescindible integrar principios editoriales y eficiencia en la gestión del negocio, que la credibilidad de la marca es el pilar fundamental del negocio de la información ya que "es un valor intangible que se alimenta, día a día, del reconocimiento y acreditación de las noticias de las agencias por los medios". Muro también argumenta que sobre la colaboración con los medios descansa, no sólo buena parte de su futuro audiovisual y multimedia, sino también la entrada en nuevos mercados como el empresarial o el de los fondos de imagen. Y en relación con lo anterior asegura que "la agencia del futuro no pue-

de ser sólo una suministradora de servicios básico, tan imprescindibles como indiferenciados”.

Muro aboga por la adopción sin remilgos de la más refinada de las tecnologías ya que éstas facilitan nuevos canales cada vez con más capacidad para transmitir información en formato audiovisual. Y añade que las agencias han de estar obligadas a encontrar la forma de entrar en el mundo audiovisual, “con decisión pero buscando un equilibrio que lo haga factible a medio plazo”.

“Las agencias siempre han sido empresas multinacionales con un alma nacional”, dice Muro. “Pero la globalización de la información y la economía requieren de ellas una identificación más intensa con los intereses generales de la comunidad supranacional con la que comparten lazos lingüísticos, culturales y económicos: para unos Latinoamérica, para otros la UE, el Magreb o el mundo anglosajón”. Finalmente, Muro hace un llamamiento a los interesados en el desarrollo de una agencia: trabajadores, clientes y accionistas. Todos ellos deben entender que la globalización de las agencias es un hecho imparable y arrollador que implica hacer más grandes las raíces a la vez que se enriquece el proyecto informativo y empresarial. “Y al tiempo”, dice, “asumir las consecuencias de la transnacionalización, la dispersión territorial y la multiculturalidad”. Un libro, en definitiva, muy útil para periodistas y es-

tudiantes, y cuyo fin primordial, según su autor, es integrar el dinamismo social y económico con el interés general y la independencia informativa.

Los puntos sobre las íes y las comas, en su sitio



PERDÓN, IMPOSIBLE

José Antonio Millán. RBA. 165 páginas. 14 euros.

Los libros y manuales sobre gramáticas y estilo abundan. Pero son muy pocos los escritos con la claridad y la gracia de este de José Antonio Millán, que junto a la clara exposición de las normas más elementales para la correcta utilización de los signos ortográficos incluye unas cuantas anécdotas y breves episodios históricos de gran amenidad y que sirven, entre otras cosas, como elemento aclaratorio de cada una de las normas en cuestión.

Para empezar, el título. Cuenta Millán en el inicio del libro una anécdota de sus años escolares atribuida a varios reyes; aunque él la oyó por primera vez referida a Carlos V. Le llegó a éste, en cierta ocasión, una sentencia para que estampara su firma en la que se decía: “Perdón imposible, que cumpla su condena”. El emperador, sin duda en un día que se

sentía pleno de bondad y magnanimidad, como dice Millán, firmó la sentencia pero antes cambió la coma de sitio y la frase quedó así: “Perdón, imposible que cumpla su condena”. De este modo algún condenado se vio liberado de la sentencia.

Indudablemente la coma tenía y tiene una gran importancia, salvo para George Bush que, tal como relataba, no hace mucho, José María Calvo, corresponsal de *El País* en Washington, llegó a decir, haciendo gala, una vez más, de su brutalidad e ignorancia una barbaridad de esta guisa: “Vamos a ayudar a los iraquíes. Hay que recordar que doce millones de ellos votaron en las elecciones de diciembre de 2005. Ahora nos parece que han pasado diez años, pero cuando se escriba la historia, será simplemente una coma”. Y unos días después, el zopenco presidente insiste: “Cuando se escriba este capítulo de la historia será una coma: los iraquíes votaron, coma, y EEUU entendió que Iraq era un frente central en la guerra contra el terrorismo y ayudó a que aquella joven democracia floreciera”. La afrenta hacia los seres humanos es brutal y la desconsideración con signo gramatical tan importante no lo es menos. Menos mal que existen libros como este éste que elevan la coma y demás signos ortográficos a la categoría que se merecen. Su importancia en la escritura, como demuestra la anterior anécdota de Carlos V, es determinante.

Tan determinante como para salvar la vida de un condenado o como para hacer pasar a un buen periodista y mejor persona por aquello considerablemente alejado de su ánimo y personalidad. Sirvan como ejemplo estas líneas reproducidas del libro de Millás: “El descuido o la oficiosidad de los correctores pueden provocar más de un problema. Recojo el siguiente caso del periodista Néstor Luján, que en 1984 escribía en *La Vanguardia* a propósito de las devastaciones de la Revolución Francesa: En una zona de la Vendée tan sólo, el 40 por 100 de la población fue asesinada y el 52 por 100 de la riqueza se destruyó. Y aquí está el texto tal y como fue publicado: En una zona de la Vendée, tan sólo el 40 por 100 de la población fue asesinada y el 52 por 100 de la riqueza se destruyó. ¡El corrimiento de la coma convirtió al bueno de Luján en un adalid de la violencia revolucionaria!

Las referencias a Cervantes y al Quijote son magistrales. Cervantes escribía muy bien, esto es evidente. Pero puntuaba mal. Claro que para llegar a tal conclusión hay que leer la primera, o primeras, edición, cosa que ha hecho Millás. Y lo explica con tanta naturalidad y maestría como con una gracia incuestionable. Cervantes no utilizaba el punto y seguido con lo cual el ‘tocho’ resultaba prácticamente intragable.

Es un libro muy recomendable para todo aquel que escriba: literatos,

novelistas, poetas, abogados, jueces y, por supuesto, periodistas. Desde que algunos, casi todos, medios escritos, decidieron –se supone que por ahorro–, suprimir la figura del corrector, las masacres idiomáticas en los diarios son, aparte de habituales, espe-luznantes. Hace algunos años quien esto suscribe trabajaba con un fino y excelente corrector –uno de los mejores que he conocido, y son muchos–, llamado Manuel Llamazares, que en cierta ocasión le espetó a uno de los colaboradores estrella de Progres (una empresa del Grupo Prisa): “Oye Paco, por favor, en tu próxima colaboración pon todas las comas al final del artículo que ya me encargo yo de ponerlas en su sitio”. Un ejemplo clarificador del uso que muchos periodistas, incluso buenos periodistas, hacen de los signos ortográficos.

¿Para qué sirve la puntuación? dice Millás. Y se responde así: para introducir descansos en el habla (pero no se descansa en cada signo, y se puede descansar donde no hay signos), para deshacer ambigüedades (pero no todas se pueden eliminar mediante la puntuación, ni ésta es el único modo de hacerlo), para hacer patente la estructura sintáctica de la oración (pero esto se hace también por otros medios), para marcar el ritmo y la melodía de la frase (aunque no todos los signos tienen estos efectos), para distinguir sentidos o usos especiales de ciertas palabras (pero para eso se pueden usar también ti-

pos de letra, como la cursiva), para citar palabras de otro separándolas de las propias (pero eso se logra también con tamaños de letra y sangrados), para transmitir estados de ánimo o posturas ante lo que se dice o escribe (pero no todos tienen un correlato en la puntuación, ni éste es único), para señalar la arquitectura del texto (pero eso también lo hacen los blancos, y las mayúsculas). Conclusión: un libro imprescindible, como acostumbran a decir las editoriales de casi todos los que publican, incluidos aquellos que no pasan de la categoría de bazofia. Pero éste sí es auténticamente imprescindible. Y si esta reseña está incorrectamente puntuada espero que Millás nos lo diga.

Cómo sentirse periodista, aunque no nos lea nadie



UNIVERSO DEL BLOG

Rebecca Blood. Gestión
2000. 190 páginas. 16,35
euros.

Los llamados *weblogs* se han convertido en una auténtica plaga.

Una plaga beneficiosa. Son millones y millones de ciudadanos los que se dedican a plasmar en la red sus impresiones sobre la vida en general, sobre sus aficiones, sobre política, deportes. Todo tiene cabida. Pero son

muchos los que abandonan en el empeño por desidia, pereza o por el convencimiento de que lo que está haciendo no sirve para nada; nadie lo lee. No es tan fácil. No se trata de escribir sin más y esperar a que miles de ciudadanos accedan al *blog* en cuestión por sugerencia divina o algo así. Lo difícil no es crearlo, sino mantenerlo. Lo difícil no es escribir, aunque sea mal, y rellenar una bonita y colorida plantilla, sino ser leído.

Los *blogs* se han convertido en los últimos años en un fenómeno popular y muchos de ellos han alcanzado una notoriedad considerable, aunque en algunos casos la prensa tradicional ha llegado a exagerar la importancia e influencia de los mismos. Fue espectacular el éxito del *blog* de Salam Pax, escrito desde Bagdad en plena invasión, por ejemplo. Sin embargo, las audiencias de la gran mayoría son muy escasas o nulas. Pero el hecho evidente es que están ahí y que ocupan un lugar de privilegio en la sociedad de la comunicación, pero apenas tuvieron trascendencia alguna los *blogs*, que fueron muchos y más o menos orquestados, que incluían comentarios contra Hillary Clinton con el objetivo de descabalarla de las primarias demócratas en su estado. Los diarios de papel más influyentes y poderosos llegaron a presentar el asunto como de “alto riesgo” para Hillary Clinton y daban por supuesto que la campaña bloguera iba a resultar un éxito. El

impacto fue nulo. La señora Clinton arrasó.

La autora del libro, Rebecca Blood, hace severos distinguos entre los *weblogs* y el periodismo. Para ella lo que los primeros hacen es imposible de reproducir por el periodismo tradicional y lo que hace el periodismo tradicional no resulta práctico hacerlo con un *weblog*. Para Blood el periodismo de noticias consiste en hacer entrevistas a testigos de un hecho, en escribir una representación original y hacer una revisión. O lo que es lo mismo, el periodista escribe una historia y su editor o su jefe se aseguran de que cumple con los requisitos. Los *weblogs* no hacen nada de esto porque no tienen guardianes. Se producen generalmente durante el tiempo libre de su administrador. Los blogueros (los que hacen y mantienen un *weblog*) no utilizan a gente que comprueba los hechos ni responden ante nadie, excepto ante ellos mismos. Y tampoco producen, por lo general, artículos basados en suceso locales y si lo hacen suelen ser distintos a los artículos que producen los periódicos y las revistas. De esto último existen multitud de casos, como ocurrió con los sucesos del 11-S, con la invasión de Iraq o con las elecciones españolas posteriores al 11-M, entre otros muchos.

Es un libro didáctico e interesante, sobre todo para aquellos que se interesan por estos temas. Rebecca Blood, explica con meridiana claridad la

historia del fenómeno, su definición y utilidades, para qué sirve y para quién, cómo se crea y mantiene un *weblog*, las principales herramientas, los distintos tipos, desde el más sencillo y gratuito hasta otros de mayor nivel, lo que se debe evitar en un *blog*, cómo se descubre al público apropiado y otras muchas más cuestiones. Con su lectura, y un poco de atención naturalmente, hasta los más negados serán capaces de crear su *blog*. También hace referencias a asuntos de importancia tales como la privacidad, la ética, la protección infantil, la inclusión de fotos, la lucha contra el *spam* y los auténticos poderes del *weblog*.

Para los más avezados incluye epí-

grafes más ‘técnicos’: cómo se captura una URL, cómo se construye un enlace, las herramientas de gestión, los hipertextos, la adquisición de un dominio, los *web hosts* y los números ISSN, entre otros. También ofrece una selección de *weblogs* del mundo hispano, un poco anticuada quizá. En fin, un auténtico ‘catón’ para la creación y mantenimiento de los famosos *blogs* con una advertencia de la autora: lo principal en el proceso es pasarlo bien.

Una idea de la importancia del fenómeno de los *weblogs* es que en la actualidad la mayoría de publicaciones importantes de todo el mundo los incluyen en sus versiones *online*. Por algo será. 